

Poder y cultura de la violencia, editado por Susana B. C. Devalle, México, El Colegio de México, 2000.

Ya iniciaron los años 2000 y el mundo sigue dando pie a que hablemos de cultura de la violencia. El volumen que nos presentan Susana Devalle y el Centro de Estudios de Asia y África (CEAA) de El Colegio de México ofrece un marco teórico para entender los fenómenos de violencia como mecanismos del poder en sociedades de todas las latitudes, así sean de África, Asia, Oceanía, Europa o América.

Poder y cultura de la violencia aborda el tema de frente, exigiendo de los investigadores sociales una postura que podría representar una dificultad necesaria en la investigación: mantener su carácter académico sin sacarle la vuelta al dolor, es decir, sin dejar de lado la existencia concreta y la humanidad de las víctimas. Escamotear el sufrimiento en nombre de la objetividad para realizar un trabajo académico sobre la violencia corre demasiados riesgos de caer en el juego de las fuerzas que no se tientan el corazón en destrozando vidas para mantener un cierto orden de privilegios. Estas fuerzas se valen del olvido, reifican y deshumanizan a sus víctimas y pretenden habituar al público a sus actos de tormento, mientras buscan que se escriba una historia dócil, aséptica, en la que sus acciones se transformen en dos sentidos divergentes. Quieren que su violencia atemorice y mantenga a raya al subordinado, pero que a la vez parezca legítima y no le enajene la hegemonía. El libro resultante ha sido una obra en la que se trata de la violencia desde el punto de vista académico más serio, mientras se mantiene una sensibilidad que reduce las distancias entre el científico social y las víctimas de la violencia.

El libro se compone de una introducción, dos partes y una bibliografía de los derechos humanos dividida por temas y áreas geográficas. La introducción, a cargo de la editora, resume los elementos teóricos que se desprenden de los ensayos publicados en el libro así como de otros trabajos académicos, propios y ajenos, relacionados con el tema. Los ensayos de la primera y la segunda parte quedaron a cargo de especialistas en las áreas que discuten. Los autores, originarios de varios continentes, han trabajado durante años en América Latina, lo que nos podría augurar una cierta sensibilidad con el tema. Algunas de las contribuciones se centran más en lo teórico, mientras que otras combinan el estudio de caso con la elaboración teórica general acerca de la violencia.

En la introducción, Devalle indica que el libro se propone observar los procesos de dominación y resistencia tanto en sus formas más burdas como en las más sutiles. Tomar en cuenta la existencia de una

cultura de opresión en la que los “significados y valores dominantes se acompañan de una violencia y coerción como elementos importantes “en la reproducción del orden hegemónico, por el cual los poderosos intentan mantener y fortalecer su posición superior”. Cuando se tiene una cultura de la opresión estructurada, ésta puede dar lugar a la *práctica del terror*, la cual no sólo busca mantener a la población atemorizada respecto de la autoridad por medio de la represión, sino que “inculca autodesprecio y no sólo obediencia”. Las clases dominantes entonces justifican su violencia y la erigen en un “valor” necesario “para mantener el orden existente”.

Ante estas situaciones suele aparecer una *cultura de la resistencia*, por lo general invisible a la historia oficial, pero que se mantiene viva en la historia y la memoria colectiva de los grupos y pueblos subordinados. La “dominación no se ejerce solamente en lo económico y lo político, sino también culturalmente”, por lo que “la lucha contra ésta se lanza desde niveles múltiples”. Las víctimas de la violencia necesitan hacer sentido de lo que han sufrido, de lo que les ha acaecido para poder seguir viviendo.

Existen tensiones, continúa la editora en su introducción, entre olvidar, recordar y el poder. Para éste es importante mantener una cierta dialéctica entre el olvido y el recuerdo. Quiere que se olvide pero también que se recuerde. Los medios de comunicación hablan de las guerras y de las masacres pero ignoran a los seres humanos reales.

La introducción también nos habla de la diversidad de formas que la cultura de la violencia puede adoptar. Puede incluir desde las formas más obvias de masacre y exterminio hasta las “guerras de baja intensidad” y el reclutamiento paramilitar de sectores subordinados para enfrentarlos con aquellos que se rebelan. También pasa por la violencia propia al desarrollo capitalista, por la violencia utilizada como espectáculo mediático así como por la violencia contra los pobres.

La introducción concluye con una voz esperanzada en que surjan “nuevos discursos políticos multivocales entre aquellos sectores sociales que apoyan el respeto a la diversidad, los derechos humanos, la democracia y el pluralismo”.

Los ensayos de la primera parte incluyen una reflexión sobre la masacre que confrontan al lector con el dolor, permitiéndole salir de su cámara de seguridad para sentir su propia humanidad e identificarse con la de la víctima de la “cultura de la violencia”. Se hace una crítica detallada al desarrollo como lo conciben las organizaciones internacionales, dadas sus consecuencias literalmente devastadoras. Se presenta el caso de la cooperación para el desarrollo en África y algunas de sus perversiones, como el frecuente empeoramiento de la

situación de las mujeres. Se muestra, con el ejemplo de la obra de Frantz Fanon, cómo puede aparecer una nueva propuesta de humanismo a partir de una cultura de la resistencia de sectores oprimidos que podrían responder con rencor. Por otro lado, muestra que la descolonización no concluye con la consumación formal de la independencia sino que se trata de un proceso a largo plazo.

Con demasiada frecuencia, se olvida que las sociedades que fueron colonizadas tuvieron una historia propia. La colonización introdujo un orden racial que justificaría genocidio, expropiación de recursos y explotación económica. Además, se suele olvidar, u obviar, que aun ahora existen colonias en el mundo, como la de Kanaki, o Nueva Caledonia, en el Océano Pacífico.

En un ensayo se discute la historia y universalidad de los derechos humanos en las declaraciones de las Naciones Unidas. Se les ve como el producto de un esfuerzo que, gracias a los aportes internacionales, ha rebasado la actividad ideológica capitalista occidental y que tienen un gran valor en la búsqueda de alternativas a la violencia.

En los estudios de caso de la segunda parte, vemos cómo sectores ultranacionalistas pueden reinventar la historia para justificar una dinámica racista, de dominación y de violencia, como en el incendio de la mezquita de Ayodhya en el norte de la India en 1992, intentando borrar precisamente el hecho de que lugares como ése son ejemplos de convivencia multicultural.

En Nicaragua, Estados Unidos promovió lo que llamó la “guerra de baja intensidad” contra el gobierno sandinista. Utilizó y dividió a las poblaciones indígenas de la costa atlántica, lo que le permitió crear una cortina de humo y una división de la opinión pública internacional. Esta técnica de división de los rebeldes para realizar guerras baratas de contrainsurgencia se ha generalizado por todo el mundo. Sin embargo, para la sorpresa de la superpotencia, en el proceso vivido en la misquita nicaragüense se desarrollaron propuestas de autonomía indígena para grupos étnicos locales que después han servido para la elaboración de propuestas de autonomía indígena que han dado sustento a nuevas luchas contrahegemónicas por toda América Latina. Los resultados están a la vista en México, Ecuador, Bolivia y otros países.

Ante la violencia colonial en los territorios palestinos ocupados por Israel desde 1967, estalló una rebelión popular, la Intifada, a fines de los años ochenta. La cultura de la resistencia durante la Intifada incluía el lanzamiento de piedras contra las fuerzas de ocupación así como paros de actividades con el cierre de todo tipo de negocios. También se ha visto el desarrollo de una literatura de la Intifada calificada en el libro como “otra piedra para la lucha”.

En Brasil, los contrastes sociales han lanzado a la calle a multitudes de niños sin domicilio fijo. Sectores de la sociedad que han escapado a la depauperación extrema han entrado en procesos de construcción de alteridades, de identidades radicalmente diferenciadas que han llevado a legitimar tácitamente un cierto derecho a exterminar a los niños de la calle y han aparecido grupos que se han dedicado a exterminar jóvenes.

En Egipto, en el proceso de construcción nacional, independencia y revolución republicana, las mujeres participaron, pero sólo para verse posteriormente despojadas de su posibilidad de acción política, so pretexto de que ya poseían la igualdad de derechos ciudadanos con los hombres. El movimiento de las mujeres sería capturado por el Estado, el que al arrebatarle su autonomía le quitaría la posibilidad de definir sus propias prioridades.

En Argentina, diferentes gobiernos se valieron de la “violencia como ‘práctica institucional’ para la resolución de los conflictos políticos y sociales”. Los ciudadanos quedarían excluidos de los espacios de participación y negociación e incluso de representación política. A partir de los setenta se desarrolló una lucha por el respeto de los derechos humanos que se convertiría en una forma de participación política radical.

Las obras colectivas corren el riesgo de pecar de heterogeneidad y ésta no es la excepción. La introducción incluye una propuesta metodológica para el estudio de la violencia, pero no todos los ensayos parecen seguirla sistemáticamente. Aunque el tema de la violencia siempre está presente, algunos ensayos no lo abordan con el mismo énfasis que el resto. Aunque queda al lector la tarea de establecer la conexión con el espíritu general del libro, esto subraya las sutilezas que a menudo adopta la violencia.

Otra característica de las obras colectivas presente en este volumen es su diversidad de opiniones. Es evidente que los autores no siempre concuerdan en todo aunque no se planteen debates abiertos dentro del libro. Un ejemplo sería el del concepto de centro y periferia. Otro más grave es el referente al nuevo principio de “injerencia humanitaria” que Estados Unidos, y las Naciones Unidas *a posteriori*, están aplicando de manera selectiva a escala internacional y que forma parte de lo que Devalle, en sintonía con Dube, llama en la introducción el “nuevo idioma del imperio a nivel mundial”. Mbya, en su capítulo acerca de los derechos humanos en la página 207, considera legítima la intervención de alguna “policía” supranacional en defensa de la “democracia”. La diversidad de opiniones es bienvenida en un libro como éste, pero quizás este punto sí habría requerido de una discusión más abierta dentro de la obra.

El libro ilustra casos de poder y cultura de la violencia que proviene, de múltiples formas, tanto de su interior como de los países que podríamos llamar del centro. Sin embargo, en lo que no insiste la obra es en que también dentro de los países del centro se desarrollan culturas de opresión e incluso culturas de violencia contra determinados grupos sociales. Ilustrar esto le habría dado una fuerza aún mayor a este libro.

Al final del libro se nos presenta una muy útil bibliografía de los derechos humanos por regiones y temas. Sin embargo, el hecho de que todas las referencias propuestas sean en inglés nos hace pensar que habría sido pertinente incluir otros títulos, por lo menos los más relevantes en español y francés.

En resumen, *Poder y cultura de la violencia* es un libro que nos ofrece nuevas y valiosas pautas para entender las relaciones de dominación y subordinación marcadas por la violencia de los poderosos. No únicamente busca contribuir a acercar al científico social a los fenómenos sociales sino que toma partido en contra de las relaciones de dominación y de la violencia. Es además una obra abierta que sólo espera nutrirse con nuevas contribuciones.

GILBERTO CONDE
El Colegio de México

M. vanWoerkens, *Le voyageur étranglé. L' Inde des Thugs, le colonialisme et l'imaginaire*, París, Ed. Albin Michel, 1995.

Este volumen sobre los Thugs, por su extensión, podría ser una tesis. Sin embargo y a pesar de todos los detalles, está ausente un análisis crítico del imaginario inglés sobre la India. Muchos de los datos que provee pertenecen a ese imaginario y no tanto a la realidad de la época. Es difícil ahora afirmar con tanta certeza como era la vida de supuestos "Thugs". No lo pudo hacer el conocido William Sleeman quien llegó a crear, digamos que para sí, The Thagi and Decaity Department, y asumió el título de Mayor General Sir W. H. Sleeman.

De ninguna manera podemos considerar el análisis de la verdad de Sleeman "que hoy calificaríamos de 'antropológico'" (p. 264), como dice la autora. Sería una ofensa a esa ciencia todavía en ciernes. Es curioso que no se mencione el nombre de Emily Eden, quien fue la autora de dibujos de supuestos Thugs, en cautiverio por supuesto.